

T. I.

P. III.



BODAS DE CANÁ.

DIA OCTAVO.

DEL PRIMER MILAGRO QUE HIZO CRISTO EN LAS BODAS
DE CANÁ, DEL CUAL HACE MENCION LA IGLESIA
EL DIA DE LA EPIFANIA.

*Si este dia cayere en domingo, se traslada como el
precedente.*

Para que el Hijo de Dios se manifestase en el mundo, no tenia necesidad de otra cosa mas que dejarse ver en él. Pero como la mayor parte de los hombres no aciertan á creer sino se ven cosas extraordinarias; y como el Señor predicaba á un pueblo material y grosero, á quien nada hacia impresion sino lo que entraba por los sentidos, quiso por su bondad acomodarse á su flaqueza, y juzgó que para convencerlos de la verdad de su doctrina, era menester hacer obras de estrépito y de ruido, descubriendo su divinidad por medio de milagros.

Apenas salió Cristo del desierto, donde habia estado retirado por espacio de cuarenta dias; no bien comenzaba á darse á conocer en el mundo, cuando fué convidado á unas bodas en Caná, lugar corto en la provincia de Galilea. Asistió tambien á ellas su santísima madre, y los discipulos que ya entonces le seguian, y eran no mas que cuatro ó cinco. Sin duda nos quiso dar á entender en aquella concurrencia que no solo se encuentra á Dios en el retiro, sino que tambien se le puede hallar en las funciones y en los convites del mundo, cuando nos llama á ellos la caridad, la necesidad ó la atencion cortesana.

Sentóse en la mesa la madre junto al hijo, y como

la caridad, mas que algun otro motivo humano, la habia llevado al convite, reparó hácia el fin de la comida que se habia acabado el vino. Resolvió remediar esta falta sin meter ruido. Volvióse á Jesus, persuadida que bastaba representarle la necesidad para que hiciese el milagro, y se contentó con decirle sencillamente: *No tienen vino*. La respuesta del hijo pudo parecerla algo seca, si no hubiera penetrado bien el misterio y el sentido: *¿Mujer, qué te va á ti en eso? Yo haré lo que conviene, y lo haré á su tiempo*. No le replicó Maria; pero llamó á los sirvientes, y en voz baja los previno que hiciesen cuanto él les mandase.

Habia en la misma pieza seis grandes vasijas de piedra, prevenidas para las purificaciones que estilaban mucho los Judíos, especialmente en las funciones y convites grandes. Cada vasija hacia dos ó tres medidas, que corresponden á ochenta azumbres. Apenas habia acabado la santísima Virgen de hacer aquella prevencion á los sirvientes, cuando les dijo Cristo: *Llenad esas vasijas de agua*. Hiciéronlo así, llenándolas hasta rebosar; y añadió entonces el Salvador: *Llevad ahora de beber al architriclino, ó al mayordomo del festin*. Ordinariamente hacia este oficio uno de los sacerdotes, de cuya incumbencia era dar orden en todas las cosas, y cuidar que todo se hiciese con gravedad y con modestia. Gustó este la bebida, y llamando aparte al novio, que andaba de mesa en mesa dando providencias para que nada faltase, y se sirviese la comida con orden y con puntualidad, le dijo sonriéndose: «¿Qué es esto? ¿Qué chasco nos has dado? » Otros sirven el mejor vino al principio de la mesa, y » cuando los convidados estan hartos de beber sacan el » peor. Tú has seguido otra modá muy contraria; sa- » caste el vino mas ordinario al principio, y reservaste » el mas generoso para los postres.» Probaron el nuevo vino los convidados, y todos le graduaron de exce-

lente. Examinóse á los criados, y unánimemente contestaron que ellos habian llenado de agua las vasijas; con que todos quedaron igualmente convencidos y admirados del milagro. Este fué el principio de las maravillas con que manifestó el Salvador su gloria y su poder; lo que no contribuyó poco á confirmar en la fe á sus discipulos.

¿Qué dichosos serian los matrimonios si se hallara Cristo en todas las bodas! ¿Qué cristianos los festines, las tertulias, las diversiones, si el Hijo de Dios fuera convidado á ellos! Nada nos faltara en nuestras necesidades, como no nos faltara la confianza, y tuviéramos á Dios presente en ellas.

El primer milagro que hizo el Salvador fué á petición de su santísima Madre, y aun parece que por su respeto anticipó el tiempo de ostentar sus maravillas. Dichosos los que logran la proteccion de madre tan poderosa. Todas las gracias se derivan de Jesucristo como de su origen; pero la Virgen tiene gran parte en la distribucion de todas. ¿Qué consuelo para los que son verdaderamente devotos de esta Señora! Dos cosas principalmente concurrieron á este milagro: la intercesion de la Virgen, y la rendida obediencia de los sirvientes. ¿Queremos que la madre se empeñe en nuestro favor con su hijo? pues seamos siervos obedientes y fieles. En vano se implora la proteccion de la madre, si se hace profesion de ofender y desobedecer al hijo.

Necesítase vino, y Cristo manda que se traiga agua. La obediencia para ser perfecta ha de ser ciega. Tantos discursos carnales, tanta prudencia humana esterilizan la devocion y destruyen aquella docilidad religiosa de que habla el Salvador, y que sola caracteriza los verdaderos discipulos de Cristo. Obedezcamos á Dios puntualmente, no nos metamos en inquirir lo que despues sucederá. Dios sabe siempre conseguir

sus fines, y nuestros fines no deben ser otros que los de Dios. Haz siempre lo que te dice, y harás siempre lo que debes.

Si los asistentes á la mesa hubieran sido menos dóciles, acaso Cristo no hubiera estado tan benéfico. Contentémonos con representar á Dios nuestras necesidades espirituales y corporales con resignacion, con humildad y con confianza. Interesemos siempre en nuestro favor á la santísima Virgen por medio de una devocion tierna y sólida; y estemos seguros que el Señor proveerá á todo, cuando lo juzgare á propósito para nuestra salvacion y para su gloria. Muchas veces hace como que no nos oye, y es para probarnos y para despacharnos mejor.

Échase agua en las vasijas, y las vasijas se encuentran llenas de vino. Dejemos obrar á la Providencia, y hallaremos nuestra cuenta. No pocas veces desconcertamos su orden y su economía en orden á nosotros, por querer tener demasiada parte en los sucesos. Quisiéramos, por decirlo así, ser los únicos artifices de nuestra fortuna. Desengañémonos, que nuestros alcances son muy débiles, son muy limitados, y no pueden sernos muy útiles. Rindámonos á las órdenes de la Providencia; no pongamos estorbos á los designios de Dios; tengamos una firmísima confianza en su bondad y en su misericordia; en fin, dejémonos gobernar, que el Señor cuidará de todo.

Por testimonio de san Epifanio se sabe indubitablemente, que la fiesta de este primer milagro se celebraba en el cuarto siglo el día 6 de enero. No era esto suponer, como nota san Agustin, que en este mismo dia se habia celebrado el milagro, sino que la Iglesia celebraba su memoria en este dia, en que se juntaban las tres principales manifestaciones de la gloria y de la divinidad de Jesucristo, debajo de un solo nombre de Epifanía. Porque, como añade el mismo

padre, aunque en estos tres misterios las opiniones sean diversas, nuestra fe y nuestra devocion es una misma (1): *Una tamen sanctæ devotionis est fides: in omnibus Dei filius creditur, in omnibus festivitas est vera.* Que las manifestaciones hubiesen sucedido en el dia en que la Iglesia las celebra, que hubiesen concurrido en dias diferentes, siempre es el mismo Cristo el que es honrado por ellas, siempre es la misma festividad la que se solemniza, siempre es la misma divinidad la que se reconoce y se adora: *In omnibus festivitas est vera.*

El mismo san Epifanio refiere un prodigio bien extraordinario, asegurándonos que sucedia en su tiempo. Dice que el dia de la Epifanía se veian muchas fuentes, y aun algunos rios, cuya agua, ó se convertia en vino, ó á lo menos tomaba el gusto y el color de este licor. Certifica que él mismo probó el vino de una de estas fuentes, que estaba en Cibira, pueblo del Asia Menor. Añade que otros aseguraban sucedia lo mismo en no sé qué parte del Nilo. Seria imprudencia, y aun pecar en temeridad, poner en duda la verdad de un hecho que depone un hombre tan santo, como testigo ocular ó experimental, y que tantos hombres grandes confirmaron despues.

Puédese añadir al culto de esta fiesta, la veneracion con que se guardan las hidrias ó vasijas que sirvieron de instrumentos al milagro. Es muy verosimil que por esta circunstancia las hubiesen conservado cuidadosamente, fuese por curiosidad ó por devocion. Quiérese decir que los principes del Occidente las encontraron en Palestina en tiempo de las Cruzadas, y que trajeron algunas á Europa. Muéstranse cuatro en Paris, Puí, Tongres y Colonia. No hay razon para negar que sean las mismas que sirvieron en las bodas

(1) S. Aug. Serm. de Temp.

de Caná; porque es cierto que vinieron de Judea, que son de la misma figura, y que tenían el mismo destino que las que sirvieron al milagro.

La misa, la oracion y la epistola, son las mismas que el dia de Reyes, pág. 90.

SAN LUCIANO, PRESBITERO Y MÁRTIR.

San Luciano, dicho *de Antioquia*, era de Samosata en Siria. Habiendo perdido á sus padres, distribuyó todos sus bienes á los pobres, á fin de servir á Dios con el mas perfecto desprendimiento de las cosas visibles. Al estudio de la retórica y de la filosofía, en que habia hecho los mas rápidos progresos, substituyó el de las santas Escrituras, escogiendo para maestro á un tal Macario, que enseñaba entences en Edesa con mucha reputacion. Ordenado de sacerdote, no se ocupó mas que en atraer á los demás á la virtud por medio de sus discursos y ejemplos. No contento con esto, y persuadido que un sacerdote debe á la Iglesia el uso de sus talentos, emprendió el dar una nueva edicion de los libros santos, en que se corrigiesen todas las faltas que se habian introducido en el texto del antiguo y nuevo Testamento, sea por la inexactitud de los copiantes, sea por la malicia de los herejes. Esta nueva edicion mereció un aprecio universal, y fué de grande uso á san Jerónimo.

Se ha sospechado de la fe de nuestro santo, á causa del testimonio poco favorable que da de él S. Alejandro, obispo de Alejandría, diciendo que Luciano vivió separado de la comunión de la Iglesia bajo de tres obispos consecutivos de Antioquia, por haberse mostrado partidario de Pablo de Samosata. Pero, además de que algunos críticos piensan que el Luciano del

que habla S. Alejandro, es otro que nuestro santo, fundándose para ello en el silencio de Eusebio, S. Crisóstomo y S. Jerónimo, que nada dicen de su excomunion, es mas que probable que el santo se dejó llevar de buena fe al partido de Pablo de Samosata, herejarca muy artificioso; y de todos modos es cierto que murió en el seno de la iglesia católica, como se prueba por haberle contado esta siempre en el número de sus mártires, y por la confesion de fe escrita por el mismo santo, que fué aprobada por cuarenta obispos reunidos en Antioquia el año de 341, y en la que condena la herejía de Pablo de Samosata y establece la divinidad del Verbo. Así es que en vano pretendieron despues los arrianos citarle como á su padre, suponiendo que Arrio habia recibido de él su doctrina.

Aunque Luciano era presbitero de Antioquia, hallábase en Nicomedia el año de 303, cuando el emperador Diocleciano publicó allí sus primeros edictos contra la religion cristiana, y fué preso con otros muchos por la fe. Del fondo de su prision escribió á los fieles de Antioquia una carta que acababa así: « Todos los mártires os saludan. Os doy la nueva de » que el papa (1) Antimo ha terminado su carrera con » el martirio. » Como la data de esta carta sea del año 303, y el santo no haya recibido la corona del martirio, segun la relacion de Eusebio, sino despues de la muerte de S. Pedro de Alejandría, sucedida en 314, resulta que ha debido estar el santo nueve años en prision. Conducido al fin delante el tribunal del gobernador, ó del mismo emperador, porque de uno y otro puede entenderse la palabra griega de que se sirve Eusebio, se aprovechó de esta ocasion para presentar al juez una sabia apologia de la religion cristiana.

(1) Era el obispo de Nicomedia: el nombre de *papa* era entonces comun á todos los obispos.

Habiendo el juez oído al santo confesar generosamente la fe de Jesucristo, mandó volverle á la prision con orden de no darle ninguna clase de alimento; pero despues de haberle hecho ayunar largo tiempo, ordenó se le sirviesen manjares delicados que habian sido ofrecidos á los ídolos, los que rehusó constantemente el santo, fundado en esta máxima, que no se deben comer carnes inmoladas si de ello resulta escándalo para los débiles, ó lo exigen los paganos como un acto de idolatria. Llevado segunda vez delante del juez, persistió siempre en la confesion de Jesucristo, siendo en vano que se empleasen los mayores tormentos para alterar su fortaleza; jamás se pudo sacar de su boca otras palabras que estas: *Soy cristiano*. Estas eran las únicas armas de que se servía para vencer, persuadido, dice S. Crisóstomo, que no es la elocuencia la que en semejantes casos obtiene la victoria, y que el medio mas seguro de triunfar no es saber hablar bien, sino saber amar bien. Algunos dicen que habiendo sido vuelto á la prision, murió allí; pero S. Crisóstomo, que debía estar mejor informado que ninguno, nos asegura que fué decapitado. Rufino dice que fué degollado secretamente en la prision, por orden de Maximino, quien no se atrevió á hacerle morir públicamente por causa del pueblo. En sus Actas se lee que hizo muchos milagros, y que estando en la prision atado y recostado de espalda, consagró los divinos misterios sobre su pecho, y dió la comunión á los fieles que se hallaban presentes.

Es constante, por el testimonio de S. Crisóstomo y de algunos otros escritores antiguos, que el martirio de san Luciano sucedió el 7 de enero; y debió ser en el año de 312, porque sufrió durante la persecucion de Maximino, la cual acabó con la publicacion del edicto que, hácia noviembre del mismo año, dieron en favor de los cristianos Constantino y Licinio. Su

cuerpo fué enterrado en el pueblo de Drepana, en Bitinia, segun nos lo manifiesta S. Crisóstomo; en cuyo sitio, poco tiempo despues, hizo el emperador Constantino el Grande construir una hermosa ciudad, que llamó *Helenópolis*, del nombre de su madre, á la que eximió de toda clase de contribuciones, para mostrar lo mucho que honraba la memoria del santo mártir. La iglesia de Arles pretende tener las reliquias de san Luciano, fundada en una antigua tradicion, que dice que habiéndole sido enviadas á Carlo Magno del Oriente, hizo este hacer su traslacion á una iglesia que edificó en aquella ciudad en honor del santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Beauvais, en Francia, los santos mártires Luciano, presbítero, Maximiano y Julian. Los perseguidores hicieron primeramente morir con la espada á los dos últimos. San Luciano que habia venido á las Galias con S. Dionisio, como persistiese en confesar de viva voz el nombre de Jesucristo, sin cesar de hacerlo aun despues de ser cruelmente azotado, fué condenado al mismo suplicio que sus compañeros.

Además, san Eugenio, mártir.

En Libia, los santos mártires Teófilo, diácono, y Heladio, los cuales, desgarrados primeramente á azotes, despues frotados con cascotes agudos de vasijas rotas, fueron en fin arrojados al fuego, donde entregaron su alma á Dios.

En Venecia, san Lorenzo Justiniano, confesor y primer patriarca de esta ciudad, canonizado por el papa Alejandro VIII, por los excelentes dones de la ciencia del cielo, y de una sabiduria incomparable y sobrenatural con que Dios le habia llenado. Se hace tambien mencion de él el dia 5 de setiembre.

En Hierápolis, en Asia, san Apolinar, obispo, que

brilló por su santidad y su doctrina bajo el reinado de Marco Antonino Vero.

En Nápoles, san Severino, obispo, hermano de san Victorino mártir: despues de haber obrado muchos milagros, murió en paz, lleno de virtudes y de méritos.

En Pavia, san Máximo, obispo y confesor.

En Metz, san Paciente, obispo.

En Alemania, hácia los confines de la Baviera, de la Carintia y del Austria, san Severino, abad, que predicó el Evangelio á los pueblos de esta comarca, conocida otro tiempo con el nombre de Nórica, y fué llamado su apóstol. Su cuerpo milagrosamente llevado á Luculano, cerca de Nápoles, fué de allí trasladado al monasterio que lleva su nombre.

REFLEXIONES.

Cubriráse la tierra de tinieblas, y los pueblos de una densa oscuridad. Demasiadamente se habia cumplido esta funesta profecía en las espesas tinieblas de la idolatria, que cubrian casi todo el universo cuando nació el Salvador. Este Sol de justicia disipó aquellas horribles tinieblas y aquella noche oscura por medio de su claridad. Pero ¿con cuánta razon se podrá decir, no ya de los gentiles, sino de los cristianos de nuestros tiempos, que muchos, y aun los mas, han apagado las luces de la fe, metiéndose voluntariamente en las tinieblas del espiritu y del corazon, por el desorden, por la corrupcion del uno y del otro? Desterráronse las supersticiones del paganismo; pero ¿qué importa, si ocuparon su lugar las perniciosas máximas del mundo? A la corrupcion de las costumbres presto se sigue la falta de religion. Un corazon desarreglado llena el alma de espesísimas tinieblas. Toda herejía, todo cisma tuvo principio en algun desorden, en algun vicio. ¿Y no se podrá decir que las

alegrías mundanas, las profanas diversiones se han hecho el dia de hoy como el ídolo de la mayor parte de los cristianos? Casi todos sus votos se consagran á esta especie de divinidad. No hay gusto, no hay inclinacion sino á sus fiestas, á sus sacrificios.

Ya no son las diversiones del mundo entretenimientos de la decencia y de la razon. Son ejercicios de fatiga, en que las pasiones se burlan de nosotros, persuadiéndonos á su antojo todo cuanto las lisonjea. Ya no se busca la diversion para desahogo del ánimo; búscase para entretener la ociosidad, búscase como por ocupacion principal, segun las inclinaciones de un corazon inconstante, con el cual se juegan las mismas diversiones. Si no sigamos, con la consideracion, la vida lastimosa de la mayor parte de los mundanos, y veamos lo que nos representa.

Un continuo enlace de juegos, de diversiones y de pasatiempos, hace la mas seria y casi la única ocupacion de las personas del mundo. No se divierten para vivir; viven para divertirse. Mirase con una especie de compasion á los que por genio, ó por ser algo mas cristianos, se muestran menos ansiosos de estos frívolos entretenimientos. Tiénese por desgraciado el que no es convidado á todas las fiestas, á todas las ocasiones de diversion. ¡Qué dolor! ¡Qué gran trabajo el no hallarse en todas las funciones! El cuidado de no saber cómo divertir, cómo ocupar una hora, inquieta y desasosiega. A la mesa sigue el paseo, al paseo el juego, al juego el baile, al baile la cama, á la cama una misa la mas breve, á la misa el mentidero, la conversacion, los corrillos, el tocador, las visitas mas inútiles; á estas la mesa, y vuelve la misma rueda de los pasatiempos. ¿No es esta por lo comun la ocupacion de las personas del siglo? ¿No consiste su imaginaria felicidad en no tener sosiego en nada, y en estar en un continuo movimiento?

¡Mi Dios! ¿Esta es vida de un cristiano? Y sin embargo esta es la vida de las gentes del mundo. Estos son aquellos entretenimientos honestos, aquellas diversiones inocentes, de las que por poco se pretenderá aun hacerse un mérito. Esto en suma es decir que aquello que destruye la moral del Evangelio, aquello que aniquila la vida cristiana, es el día de hoy en el mundo la vida que se usa entre los cristianos. El israelita se confunde con el babilonio; las mismas diversiones, los mismos banquetes, las mismas costumbres, los mismos entretenimientos. Eso de combatir, eso de luchar, eso de vencerse, eso de mortificarse, es cuento; no se trata mas que de fomentar, de nutrir, de contentar las pasiones.

Una vida ociosa, una vida delicada es la que ha entrado á sustituir aquella vida laboriosa, aquella vida penitente que Jesucristo quiere sea el carácter y el distintivo de sus hijos. La mitad del tiempo se pasa en vestirse, en componerse, en adornarse, en buscar modo de agradar á los demás; y la otra mitad en solicitar cada uno lo que á él mismo le agrada. ¿En qué escuela, Dios mio, habrán aprendido los cristianos estas lecciones de ociosidad y de delicadeza? ¿Quién les habrá enseñado á no tener otra ocupacion que la de divertirse, ni otro estudio que el de fruslerías y de bagatelas?

El evangelio es del cap. 2, de san Mateo, y el mismo que el dia VI, pág. 93.

MEDITACION

DEL CUIDADO QUE TIENE DIOS DE LOS QUE LE SIRVEN
CON FIDELIDAD Y CONFIANZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada se puede temer cuando se entrega el corazon solamente á Dios, y se está siempre

con Dios. ¿Puedese estar mejor que sirviendo á tan grande amo? Si este Señor toma de su cuenta nuestros intereses; si nos admite en el número de sus amigos, ¿quién nos podrá hacer daño? ¿Ni qué podrá faltar á quien tiene de su parte á Jesucristo? Si Dios está lleno de misericordia aun para con los pecadores, ¿qué bondad será la suya con los que le sirven de veras? ¿Qué ternura les profesará? La pobreza, las persecuciones, las enfermedades, las cruces, la misma muerte, todo sirve á quien sirve á Dios: *El Señor cuida de mi, dice el Profeta, y nada me faltará.*

Haz reflexion á lo que pasó con los Magos. Buscan á Dios, y le buscan de buena fe. Está escondido Jesucristo: no importa; ni por eso dejan de hallarle. Ignoran el camino y el lugar de su nacimiento; y es criado un nuevo astro para que les sirva de guia. Forja el zeloso Herodes malignos intentos contra ellos y contra el niño que buscan para adorarle, y un ángel les previene que se vuelvan por otro camino. Si nosotros no experimentamos cada dia efectos sensibles de una providencia particular, es porque muchas veces nos falta la confianza y la pureza de intencion. No buscamos á Dios puramente, y contamos demasiado sobre nuestra prudencia y sobre nuestras medidas. Somos siervos poco fieles. Busquemos á Dios sin rodeos, sirvámosle sin artificio, amémosle sin reserva, nada neguemos á Dios, y experimentaremos los efectos de su providencia en la necesidad. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le serviremos con confianza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué bondad provee el Señor las necesidades de todos los que le sirven. ¡Qué maravillas no hizo en favor de su pueblo á la salida de Egipto!